

AMERICANA

— — — — —
a en la Escuela Normal de Institutoras.

— — — — —
POR — — — — —

ISGO MACHÓN VILANOVA

Ex-Director del Instituto Normal de Varones de
El Salvador.

— — — — —
MICHARAGUA

1923.

— — — — —
en los talleres de la Tipografía Pérez.

— — — — —
1

— — — — —
Editado en los talleres de la • Tipografía Pérez.



EDUCACION DE LA MUJER CENTROAMERICANA

Conferencia dictada en la Escuela Normal de Institutoras.

— — — POR — — —

FRANCISCO MACHON VILANOVA

Ex-Director del Instituto Normal de Varones de
El Salvador.

MANAGUA, NICARAGUA.

1923

Editado en los talleres de la •Tipografía Pérez•

DEDICATORIA

*A la Benemérita Asociación Femenina
“Club de Señoras de Managua”,
que tanto se empeña por la cultura de
la mujer.
Respetuosamente.*

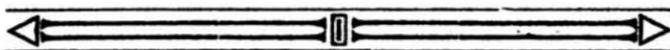
Mi Propósito



Deseo demostrar que todas las conquistas que el feminismo ha alcanzado en Centroamérica, no bastan, y que es preciso llegar más allá, más adelante aún, para el bien de todos.

Pero deseo demostrar también, que de muy poco sirven los avances feministas que se quedan en el tejido de las leyes, y no trascienden a la estructura de nuestras costumbres. Y sostengo firmemente, que la obra eficiente para sustentar las reformas, debe ser esencialmente educativa.

F. M. V



Educación de la Mujer Centroamericana

La cantilena de que la mujer es intelectualmente inferior al hombre, es relativamente cierta, mas no por una disposición biológica original, definitiva y constitucional en ella, sino por una mera disposición funcional, debida precisamente a la forma de educación que nosotros mismos le hemos impuesto al través del tiempo. «Las supuestas diferencias mentales entre el hombre y la mujer—dice Stuart Mill en «La Esclavitud Femenina»—no son sino efecto natural de diferencias de educación». Y es muy cierto que la forma de educación que hemos dado a la mujer, la ha alejado sistemáticamente de las labores que exige la actividad intelectual, y con esto se ha disminuido en ella la costumbre de pensar, y, por lo consiguiente, se le han borrado las vías de mejoramiento de su inteligencia.

«Pensar—dice Darwin—es un hábito». Según esto, la calidad del pensamiento dependerá del volumen del cerebro que lo produce, pero éste dependerá, a su vez, de su actividad. No es, pues, de admirar que el cerebro del hombre sea más grande que el de la mujer, y que su pensamiento sea más capaz, más serio y vigoroso que el de ella. Lamark, precursor de Darwin, probó que el no ejercicio de un órgano cualquiera acarrea el obliteramiento de la función de ese

órgano, y luego el del órgano mismo. Así por ejemplo, la costumbre de algunos vertebrados, de tragar los alimentos sin masticarlos, ha acabado por ocultarles los dientes entre las láminas óseas de las mandíbulas. El mismo sabio probó el postulado contrario, que una necesidad habitual es capaz de crear un órgano con funciones adecuadas. Tal sucedió con ciertos animales que, por las exigencias de alimentación, tenían que vivir en el agua, como los patos, las ranas, las tortugas, a las cuales se le formó con el tiempo una membrana interdigital que les permite nadar. Y no sólo es esto que pudiéramos llamar supuestos de la ley de adaptación, lo dicho por ese sabio del siglo XVIII, que nos hace pensar sobre la posibilidad de que la inferioridad intelectual de la mujer con respecto al hombre, sea un mero resultado de la costumbre de no pensar, o de pensar poco y sobre frivolidades, que nosotros le hemos tiránicamente impuesto, no; también enuncia el dicho naturalista esta ley pertinente que podemos apreciar nosotros en sus resultados: «En todo animal que no ha pasado el término definitivo de su desarrollo, el empleo frecuente y sostenido de uno cualquiera de sus órganos, fortifica paulatinamente este órgano, lo desarrolla, haciéndole aumentar de volumen, dándole un poder proporcionado al esfuerzo a que se dedica; así mismo, el defecto constante en el uso de un órgano, lo debilita insensiblemente, lo deteriora, disminuye progresivamente sus facultades y acaba hasta por hacerlo desaparecer».

La mujer de Centroamérica, así como la vemos hoy en día, es el producto de las disciplinas educativas que nosotros los hombres centroameri-

canos hemos creado, modificado y aplicado arbitrariamente, tal vez sin haber consultado nunca con ella, sin habernos preocupado de indagar sobre su opinión y su interés; y tal vez sin haberla oído jamás cuando hemos legislado sobre ella, consecuentes así con lo que históricamente hemos sido y pretendido ser siempre: sus dominadores, sus dueños, sus tiranos. La hemos hecho, validos de la superioridad que nos ha dado la fuerza bruta, no para ella, ni para la sociedad, sino para nosotros los hombres; para nuestro servicio, para nuestro lujo, para nuestro capricho, para nuestro deleite, un deleite que tiene su raíz en las oscuras profundidades de nuestros nervios, de nuestras venas, de nuestra materia convulsiva y epiléptica de voluptuosidad.

No hay, pues, diferencias de valor, sino de ejercicio; no de fondo, sino de resultado. Pues el hombre y la mujer, fisiológicamente considerados, tienen igual número y constitución de los sentidos fundamentales; y es claro que las intuiciones generatrices de las cerebraciones de ambos, deberán ser las mismas. ¿Por qué, pues, negarle a la mujer el derecho de desarrollar sus facultades y poderes de la misma manera que lo hacemos los hombres? Comprendamos que si fuera malo, para los destinos de la especie, que la mujer pensara, la naturaleza no le habría dado con qué pensar.

Emmanuel Martig, en su magistral obra de «Psicología Intuitiva», después de hacer una enumeración de pretendidas distinciones anímicas entre ambos sexos, distinciones más de artificio que de experiencia, acaba por decir: «Ningún sexo podemos decir que sea superior al otro; ambos tienen sus excelencias y

sus debilidades». Y luego, después, termina ese pensador haciendo una declaración que echa por tierra toda la palabrería con que él quiso establecer las diferencias de los sexos; dice él: «Las diferencias anímicas de los sexos, QUE EN LA NIÑEZ SE EXTERIORIZAN POCO, se van notando progresivamente, a medida que la mujer entra en la puericia...» Ahora es de preguntar a ese filósofo y pedagogo sajón: ¿Eso de que las diferencias anímicas de los sexos se noten poco en la niñez, no obedecerá a que el género de vida y de educación que imponemos a los niños no difiere en lo que va de uno a otro sexo? Además, eso de que en la pubertad se empiecen a notar las pretendidas diferencias, ¿no demuestra que ellas se las vamos haciendo nosotros a medida que las diferentes prácticas y costumbres que le imponemos van siendo más violentas y determinadas, ayudados en nuestra obra por las instituciones, la Pedagogía y las costumbres? ¿Y no es tanto más de bulto esa apariencia de distinción de sexos, cuando consideramos que el hombre permanece con el mismo carácter desde que es niño, y de que es la hembra la única que se aparta de la línea que hasta la pubertad trajeron juntos los dos? Porque hay que saber que ese es el hecho que aun el mismo Martig acaba por confesar, cuando dice que esta circunstancia de la diferenciación se va notando en la mujer *sólo desde la pubertad en adelante*; lo cual quiere decir que no son los dos sexos los que se bifurcan, habiendo dejado ambos el primitivo tipo, sino que sólomente es la mujer la que va apartándose de la línea en que se queda el hombre, y, por ende, va ella dejando su carácter original y verdadero.

Y cuando dije que la enumeración de **distingos** entre mujer y hombre, que hace Martig, no era más que vana palabrería, fué porque él mismo concluye por confesarlo tácitamente, al recomendar la educación mixta: «En la escuela popular – dice – pueden muy bien ser instruidos niños y niñas en común». Después agrega: «Una medrosa separación de los sexos no es en verdad recomendable.»

*

Una mujer nuestra no se sobrepasa a sí misma en la obra de su preparación educativa, no porque los libros o los maestros no le digan lo que es, lo que debe ser, y la manera de llegarlo a ser; sino porque sus reacciones en la vida práctica emergen de la subconciencia, surgen de esa parte inferior del núcleo de nuestro espíritu donde se acumula la experiencia de la especie, adquirida al través de las generaciones, por hábitos que se van transformando en instintos, inclinaciones, tendencias y pasiones que grande y rufinariamente son fortalecidas por las religiones, las filosofías, las costumbres y las leyes.

Algunos teorizantes modernos, educacionistas y moralistas, dicen que la mujer debe alcanzar al lado del hombre el puesto a que tiene derecho, y al cual la naturaleza la destina; pero la rufina, la enorme, la aplastante, la poderosa rufina, quiere otra cosa; quiere que ella siga como antes, a pesar de las voces de los maestros, de los libros, y de la justicia y de la razón.

Una mujer no será modificada, como por obra de encantamiento, por lo que le dicen, por lo que lee o por lo que le aconsejan (ideas); todo eso indudablemente influye, pero relativamente sólo en una pequeñísima parte; sobre todo porque lo leído, lo escuchado, forma conceptos, es

decir, ideas que se desarrollan en la mente, y que pueden llegar a ser hechos reales sólo por cooperación de la atención, el razonamiento, la voluntad y el amor, y ello después de ininterrumpido y largo ejercicio. Porque la idea puede ser sugestión de un acto. pero no involucra ni un átomo de voluntad, de acción; la dinámica de la vida no reside en el cerebro, sino en el corazón, porque si aquél crea, analiza, acepta o rechaza, éste ejercita, realiza, que es lo que vale como resultado.

*

¿Cómo va a ser la mujer intelectualmente inferior al hombre? La Historia desmiente esa monstruosa afirmación; y la vida actual, la que se desarrolla al lado nuestro, también proporciona una serie de nombres de mujeres, que constituyen otros tantos argumentos apodicticos.

Compréndase que muchas de las diferencias actuales entre el hombre y la mujer, tienen su raíz en un prejuicio; se han formado por generalizaciones empíricas, y ello cuando no han sido el resultado de un sistema de engaño, de dominio, de injusticia, creado y desarrollado por nosotros los hombres.

Aun sin necesidad de apelar a la Historia, la Sociografía comparada puede llevarnos al convencimiento de que la costumbre, con raíz de un prejuicio también, ha hecho que en algunos países la mujer sea en apariencia superior al hombre, como pasa con ciertas tribus del alto Tíbet, en donde es ella la fuerte, y el hombre es el débil; en donde ella trabaja física e intelectualmente, y el hombre se consume en la pereza y el sentimentalismo.

Para sentar esa afirmación de la pretendida inferioridad de la mujer, habría sido necesario

lanzarla apoyada por una eficiente experiencia. Y no se registra en la historia de la humanidad civilizada ningún ensayo de vida en que las mujeres prevalecieran sobre los hombres, ni en que los hombres y las mujeres fueran iguales social y políticamente considerados. Lo que se llama «inferioridad de la mujer» no es más que el enunciamiento del resultado de una orientación artificial de la sociedad, de una proyección unilateral de la actividad de la especie, en donde la mitad de ella produce, reforma, combate, domina, da y niega; en tanto que la otra mitad recibe, aprovecha, mira, se somete, toma o se priva.

La experiencia de que hablo antes, es tanto más necesaria cuanto que nosotros no podemos gloriarnos de conocer con exactitud a la mujer. Todos nosotros somos capaces de esperar, y aun de descubrir, una diferencia entre cosas del país y del extranjero; la mayor parte de nosotros tenemos el poder de suspender nuestros juicios con respecto a lo que no hemos visto de cerca; y somos natural y fácilmente intuitivos cuando damos con un objeto que reclama por primera vez nuestra atención; pero cuando se trata de la mujer, aunque sea de la que no hemos visto nunca, aunque se trate de una de los países más distanciados o diferenciados del nuestro, nos atenemos al *patrón* que llevamos dentro, que nos viene de herencia. Lo más que hacemos cuando tropezamos con una mujer desconocida, es descartar a título de excepción cada uno de sus caracteres físicos exteriores, como el tamaño, el color, la delicadeza de su rostro, el ondulamiento de su cabellera, etc., **mas** no penetramos en sus sentimientos ni en sus ideas. No; la experiencia adecuada no debe

basarse en una aventura espiritual, sino en la actividad integral; no debe basarse en la deducción conjetural, sino en la observación neta. No debe observarse en una mujer, sino en un grupo; y no debe ser juez el hombre que afirma porque ha conocido una mujer o muchas, sino la sociedad entera que ha sufrido las consecuencias de la experiencia. Así, pues, no se podrá decir, por ejemplo, que la mujer carece de condiciones para ocuparse de los problemas serios de la vida, o que no es apta para las investigaciones científicas, o que no es hábil para el trabajo manual, sino se le han dado a ella todos los medios que se dan a los hombres para tales cosas.

Se me dirá que no hace falta otra experiencia cuando el resultado de la forma actual es bueno; pero, pregunto yo, se podrá afirmar que el estado de la civilización humana, tal como la vemos ahora, no sería superior si en la obra hubieran colaborado por igual hombres y mujeres?

Y declaramos con franqueza, que las diferencias de sexos son obra más de las costumbres decretadas, mantenidas e impuestas por nosotros los hombres, que de la naturaleza. Las diferencias esenciales, las verdaderas diferencias naturales entre uno y otro sexo, permanecerán aun después de decretada y practicada en la vida la igualdad, o más bien dicho, *el derecho a la igualdad*. A este respecto ha dicho un gran filósofo inglés: «Lo que repugne a las mujeres, no lo harán aunque para ello se les conceda libertad amplia; y es completamente superfluo prohibirles lo que su misma constitución no les permite».

^a La desigualdad de los sexos; tal como resulta

establecida ahora, puede juzgarse como un apriorismo; pero si se le considera en sus raíces más hondas, no sólo veremos que el prejuicio está abajo del emperismo, sino que todo el mal dimana de la fuente de todos los males: la supremacía de la fuerza. Las diferencias morales entre el hombre y la mujer son fruto de la imposición del macho sobre la hembra. El sometimiento brutal a que el hombre ha llevado a su compañera desde épocas inmemoriales, ha venido constituyendo, al rededor de lo que era puramente el sexo femenino, una serie de características que parecen ahora definitivamente establecidas en el tipo, y que ante el ojo poco analítico y observador, se presentan como condiciones naturales, invariables, permanentes.

Y recordaremos que la esclavitud no tuvo otro fundamento que la fuerza. Los débiles fueron sometidos a los fuertes, para el servicio de éstos, con la misma lógica brutal con que se sometió al hombre la mujer. Y las filosofías humanitarias modernas, que han hecho que desaparezcan de las leyes esas monstruosidades apreciativas que reglamentan el dominio del hombre sobre el hombre, del fuerte sobre el débil, se han olvidado de borrar la no menos monstruosa legislación que reconoce, impone y reglamenta el dominio del hombre sobre la mujer.

Como nosotros los hombres nos hemos adueñado del derecho absoluto de legislar, de teorizar sobre religión, sobre moral y sobre educación, hemos hecho de manera de que la mujer, desde que nace, mire, oiga, palpe por doquiera el pseudo postulado de su inferioridad. Se le grita continuamente que es diferente al hombre, para empezar así por producir en ella una sugestión

que después vigorizarán las prácticas de vida a que se la someta, que harán de ella ese sér sin iniciativa, condenado a ser escogido, a ser dominado, y a empequeñecerse por la inacción y por el sentimentalismo.

Confesamos que las leyes han evolucionado mucho, y que en su forma actual se descubre una tendencia al mejoramiento de la condición política de la mujer. Pero la reforma de las leyes no basta; sobre la tiranía de éstas, hay una tiranía mayor: la de las costumbres. Estas últimas se encargan de imponer ahora a la mujer lo que las legislaciones han desterrado de sus estructuras. Y aunque las instituciones dicen que la mujer es libre de casarse con quien quiera, en la vida real es muy rara la que se casa con otro que no sea el que le señalan sus padres; y contra la declaración legal de que la mujer es libre para administrar los bienes que aporte al matrimonio, está la intolerancia efectiva de esto en toda sociedad entre nosotros; y aunque la obligación de la fidelidad es señalada en la ley como cosa mutua entre los cónyuges, para el público, la caída de la esposa es crimen, y la del marido es donaire; y la soltera que cae por amor, por interés o por violencia, cae de veras, y la sociedad la desprecia, y los hombres la ofenden con impúdicas persecuciones, y el seductor la abandona, y los padres la arrojan del hogar. Y la religión es inflexible ante el arrepentimiento que no se cristaliza en matrimonio; y la justicia es sorda ante el reclamo de la víctima de esta clase de crímenes de amor, que para la ley centro-americana no son delito, a diferencia de lo que pasa en las sapientísimas leyes sajonas.

Como ya dije, nosotros hemos aspirado siem-

pre a educar a la mujer para gala y servicio del hombre. Entre nosotros no tiene ella otro destino que ser para el marido. Todas están sujetas al imperio de un forzado y solo ideal, y se entregan a él convencidamente, como si se tratara de una profesión: casarse. Y la que no se casa, está irremediabilmente perdida; le esperan muchas calamidades. Tendrá que ir como un señero peregrino, por la pendiente arriba, con la sandalia rota, desangrado el pie que pisa sobre arena gruesa y sobre espinas; tendrá que trajinar hacia su Calvario, llevando sobre sus hombros delicados, el triple madero de la pobreza, del ridículo y del menosprecio. De la pobreza, porque no hay una profesión de las que por ahora puede ella ejercer aquí, que le permita ganarse holgadamente la vida; del ridículo, porque las *solteronas* hacen frecuentemente el gasto de los seudo ingeniosos, que ignoran que todo chiste debe detenerse respetuosamente ante los acontecimientos que fluyen de la desdicha y del dolor; y del menosprecio, porque los débiles, los pequeños, no tienen color propio en la vida social; pasan por ella sin que se les note sino por la luz que les refleja el fuerte que los domina y los defiende de los demás. Y así, las mujeres solas, tienen que pedir trabajo u ocupación, al igual que se pide limosna; tienen que pedir expuestas a que el ojo del poderoso no las distinga, o que, si las distingue, sea para lastimarlas con ofensivas proposiciones de compensación; pues casi todos los hombres latinos tenemos un gran corazón para todo, pero un estrechísimo campo en él para dar abrigo a la devoción que debe inspirarnos la mujer. Cuando viene ella a nosotros urgida por las leyes de la existen-

cia, nos complacemos en lastimarla con nuestras galanterías. Su delicadeza, su pudor, su vergüenza, su castidad, son cosas que consideramos tan mezquinas como las bolas de papel que arrojam a la cesta de desperdicios; son cosas que nos parece natural que ella pueda dar a trueque de nuestro dinero o de nuestra protección.

Muy pocos se han compadecido sinceramente de la mujer. Algunos hombres y pueblos, la han tratado con injustificada dureza. Rousseau decía: "Toda la educación de las mujeres debe ser relativa a los hombres. Gustar a éstos, serles útiles, hacerse amar y honrar de ellos, educarlos cuando jóvenes, cuidarlos de grandes, aconsejarlos, consolarlos, hacerles la vida agradable y dulce, son los deberes de las mujeres en todo tiempo. La mujer—agregaba—no es nada, sino al lado del marido, sometida a él y por él".

¿Y qué puede darse más deprimente que estos conceptos de Ricardo León?: "Lo malo no es amar todas las cosas, sino poner el corazón en una sola, *tan pequeña*, por ejemplo, como es una mujer".

Algunos escritores religiosos han deprimido siempre a la mujer, y es precisamente cerca de las religiones antiguas en donde podríamos encontrar el origen de esta humilde condición social de ella. El sacerdote dice: "Dejarás a tu padre y a tu madre por seguir a tu marido". Tan extraño concepto moral no es nada al lado de lo que dicen los libros sagrados, que Dios ordenó: "Multiplicaré tus trabajos y miseria en tus partos, y estarás bajo la potestad y mando de tu marido, y él te dominará". (Génesis. Cap. III, versículo XVI).

Spencer dice que entre las tribus africanas,

durante muchos siglos, el asesinato de los niños, *y sobre todo el de las hembritas*, era tenido por útil, o al menos por no perjudicial. Darwin nos refiere que *no teniendo los hombres en cuenta para nada la opinión de las mujeres*, las trataban habitualmente como a esclavas, mostrando una total indiferencia a sus sufrimientos.

Aun ellas mismas se han maltratado. Madama Staël decía: “El hombre puede desafiar la opinión; la mujer debe someterse a ella”.

Y todos sabemos cuánto les ha costado a los políticos de los países más civilizados de estos tiempos, hacer algunas cortísimas concesiones a las mujeres, y eso en vista de que sin tales concesiones, el movimiento feminista iba creciendo amenazante, iba tomando proporciones que presagiaban hasta la caída de los gobiernos más sólidos, prestigiosos y hábiles. A la mujer le han costado mucho esfuerzo, mucho dolor, mucha sangre, las contadas conquistas que ha realizado en el campo del derecho y de la justicia. Para convencernos, no nos haría falta más que revisar una colección de periódicos ingleses o americanos de estos últimos cinco lustros; en ellos tropezarían nuestros ojos con una porción de relatos como el de aquellas heroicas feministas que se lanzaron contra el castillo de Sain-James haciendo el sacrificio de sus vidas, para que se les oyera con atención en sus reclamos.

Ciertas clases de nuestra sociedad no quieren que la mujer se instruya. “¿Para qué?—dicen;—una mujer no debe aprender otra cosa, que no sea lo referente a la administración del hogar”. Y luego, esta administración del hogar

no es más que el oficio de sirvienta; la sirvienta que más trabaja, la que tiene más responsabilidad, y la que, sin embargo, tiene más corto salario. Una sirvienta, barre, cocina, lava, aplancha, hace mandados; mientras que el ama de la casa, LA ESPOSA EDUCADA PARA ADMINISTRAR EL HOGAR, además de que realiza todas esas ocupaciones que reclaman en quien las desempeña una actitud exclusivamente física, también debe efectuar una cantidad exagerada de cosas que exigen una sumisión total, un aniquilamiento absoluto de todos los signos de nuestra espontaneidad, las actividades físicas y las espirituales. A la mujer se le exige para el marido, un amor, una fidelidad, un desinterés, una abnegación, un sacrificio sin correspondencia, pues el marido no tiene más obligación que la de dar dinero. Ella, la esposa, debe reír, llorar, odiar o querer, según que su marido esté alegre, triste, colérico o afable, porque la mujer entre nosotros casi no tiene derecho a experimentar, ni mucho menos a exteriorizar, sus propios sentimientos. "Si sufres, pobre esposa, y tu marido está contento, cumple con el deber de reír que te impone la inmisericorde rutina; refunde tu dolor en la soledad de tu espíritu, y anégalo de un llanto sin lágrimas, de una desesperanza sin suspiro, de una angustia sin labio que te diga: "déjalo todo y ven; yo te daré el amor y la paz". "Infeliz, sufre en silencio las crueldades de tu compañero, su desamor, su infidelidad, sus vicios, su brutalidad; resiste hasta el fin; no busques lejos de tu verdugo un hueco cálido que le dé paz a tu alma; porque El—dicen—multiplicó tus trabajos y tus miserias, y te condenó a dejarlo todo por

seguir a aquel que te dominará y te tratará a su capricho”.

*

El Estado Centroamericano no ha dicho todavía expresamente qué es lo que pretende que sea la mujer; a menos que él se conforme con seguir como ideal el fin para que las filosofías caducas destinan a ese débil sér desde tiempos inmemoriales: gustar al hombre, cuidarlo y servirle. Si el Estado Centroamericano tiene otro ideal, distinto de éste, que lo diga; ello es importantísimo, porque todo lo que se intente hacer sin un ideal definido, será un fracaso seguro o, si acaso, un acierto a medias. Hasta ahora el Estado Centroamericano no puede gloriarse de haber realizado en materia de educación más que un estudio y un progreso incompletos, pues su preocupación no ha visto más que a la mitad de los nacionales, a los hombres solamente; pero por fortuna parece que ya van de huida en algunos estados centroamericanos esos tiempos en que se hacía-marchar a la mujer por estrechísimas vías educativas, para el desempeño de una menguada misión en la vida. Pero la rectificación se efectúa anárquicamente; no hay orientación firme en cuanto a la sustitución de los caducos sistemas. Tampoco hay entusiasmo general, y los reformadores parece que no tienen fe.

*

Los hombres somos criaturas estereotípicas; no producimos sino que *reproducimos*. Nuestra personalidad está formada por repeticiones indefinidas de unos mismo fenómenos. Los progresos o las degeneraciones no se notan en el individuo, sino en el tiempo. Es indudable que cada uno de nosotros pone algo en el ascenso o

en el descenso; pero no podríamos acostarnos un día y amanecer al siguiente notándonos diferentes de lo que fuimos ayer, en esto o en lo de más allá. Cierto es que la rutina cabe sólo en los hechos físicos, como la caída de los cuerpos, o como la evaporación de los líquidos; pero aunque no podemos decir igual cosa del alma de los hombres, su verdadero progreso es tan lento, que no parece tal. Sin embargo, nosotros ascendemos, pero no individualmente; mejora, progresa, asciende la especie, no el individuo. Hago aquí la advertencia de que estoy hablando de un progreso efectivo, sustancial de nuestra conciencia; es decir, un progreso en nuestra constitución moral.

La educación en una sola generación, no es obra de reforma, sino de adaptación. Vosotros y yo, somos los discípulos adaptados de nuestros maestros, los que nos dictaron sus lecciones y sus consejos; pero también somos el fruto mejorado de los maestros de nuestros maestros. Así, pues, no habrá que considerar aisladamente la educación de la mujer, sino la de la sociedad, tal como lo he dicho en otra parte de estos mis trabajos. Esto es tanto más cierto cuanto que el hombre no puede ser objeto de una consideración aislada; no puede estudiársele individualmente como fenómeno, porque así no es el verdadero fenómeno, sino cuando está en relación con los demás individuos de su grupo, o de su especie, más propiamente dicho. El individuo aislado no es más que una abstracción, una ficción, una mentira. ¿En qué momento de la historia de la civilización humana, se ha visto un hombre realmente solo? El hombre no existe, o digamos, no cuenta; existen *los hombres*, todos los hombres de una demarcación geográfica, de una entidad

social; y si no queremos caer en error al hacer un estudio, debemos empezar por tomar el ejemplo adecuado. El espécimen en que ensayemos tendrá que ser legítimo, en su constitución y en sus relaciones ambientales. Si queremos tener conclusiones lógicas, no debemos estudiar un hombre en el laboratorio, sino a éste en la sociedad; es decir, en su medio. ¿Qué diríais de un naturalista que, queriendo estudiar las costumbres de los osos polares, se trajera uno de estos animales aquí a Centroamérica, y lo metiera en una jaula de cualquiera de nuestros remedos de museo? Las conclusiones que este naturalista loco sacara de su observación, serían falsas por cualquier concepto; pues, aun en el caso de que al oso se le fingiera en su encierro su propio medio, todavía habría que considerar una serie indefinida de causas que desviarían la verdad de la experiencia. Los naturalistas que quieren hacer afirmaciones contundentes sobre los animales o sobre las plantas, van a las selvas, a las montañas, a Africa, a la India; y no se encierran en sus salas de trabajo a describir los caracteres y las costumbres de los animales, sin más dato que el género de vida que llevan, en su trapecio el loro de la dueña de la casa, y en su jaula el canario de la vecina.

La mujer centroamericana que reacciona a este nuestro ambiente moral, demuestra estar adaptada, como cualquier ejemplar de las especies zoológicas inferiores. Para que pueda decirse de ella que está educada, es preciso que a esa adaptación se úna una aspiración, una ambición de ascender, de mejorarse, de ir purificándose indefinidamente. Mas esta aspi-

ración es la que desgraciadamente falta en nuestras democracias, o al menos se manifiesta con muchísima tibieza. Creemos que educamos a nuestras hijas porque las mandamos a la escuela a que *aprendan* a leer, escribir, bordar, coser, cantar, cumplir con sus deberes religiosos, etc., de la misma manera que lo hicieron nuestros antepasados, de la misma manera que lo harán una y otra generación que nos sucedan, hasta que se borre de nuestros espíritus esa bruma que los *obscurece*, en lo que mira a la educación de la mujer: la apatía, la rutina, el apego a lo establecido, el miedo a lo nuevo. Nos sentimos satisfechos con ir pasando, hoy como ayer; con vivir el minuto actual en relación íntima con el pasado, y vivir sólo de éste y por éste. No prevenimos, sino que concluimos; cada día que *amanece* debe venir con lo necesario para que lo vivamos como vivimos el que pasó; olvidamos que la *imprevisión* es uno de los signos de la irracionalidad y del desamor, pues demostramos con ella que no nos importa que todo se pierda, que todo se hunda, después de nosotros, más allá de nosotros. No comprendemos que el sentimiento nos ata al pasado; pero que el mismo sentimiento y, además, la razón, nos reclaman para el futuro. Somos indudablemente el fruto del pasado, pero para corresponder al bien que los hombres anteriores nos hicieron, no debemos ir a los cementerios para continuar la vida, sino a la cuna, para hacerla mejor.

Preguntemos a un padre de familia lo que quiere que sea su hija; obliguémoslo a que concrete lo más posible su ideal; y nos dirá una porción de divagaciones, de aspiraciones imprecisas.

Nos dirá que él quiere que su hija sea “una mujer de su casa”, o “una mujer virtuosa”; pero nosotros podemos sacar en limpio, que los deseos de los padres con respecto a sus hijas, consisten, en la mayoría de los casos, en que éstas sean como sus madres, como sus abuelas, como sus tatarabuelas, porque en la mente de estos padres tiraniza el prejuicio de lo establecido, con respecto a la mujer, sobre todo; porque para estos buenos papás, sólo es eficaz la fórmula que con ellos se empleó para educarlos, o para no educarlos, y porque ellos son así resistencias al impulso evolutivo, al cual tanto le temen los que dominan por razones ajenas a su valor intrínseco.

“En esa escuela no enseñan—dicen—; porque a los niños no los obligan a *aprender* las lecciones, como lo hicieron conmigo, a golpes, verbigracia”, *Aprender es para estas gentes memorizar*. “En mi tiempo—decía lamentablemente una señora—las mujeres no aprendíamos más que lo necesario, leer, escribir, contar, coser, bordar, cantar y aprender el Catecismo y la Historia Sagrada; y ahora, en otros países, se les enseña a las niñas una gran cantidad de cosas inútiles para lo que ellas deben ser, *para mujeres de su casa*”. “Pues es claro,—le respondí yo—; ahora se les hace aprender a las mujeres algunas cosas más, porque se aspira a que sean un poco más”.

En nuestro ambiente centroamericano, para que una mujer llegue a ser lo que son las otras, sus abuelas, su madre, sus hermanas mayores, no hace falta ni la escuela; ella será lo que han sido sus predecesoras, con su voluntad o a pesar de ella; y si no, perecerá; porque en esto la ley es

inflexible: los hombres se adaptan a su ambiente, o perecen. En cuanto al ambiente moral, perecer no es morir, sino fracasar, ser dominado, perseguido, maltratado, incomprendido.

Aunque fuera por egoísmo, nosotros deberíamos preparar educacionalmente mejor a la mujer, con más amplitud, con más intensidad de como se hace ahora. Figuraos lo que significaría para un hombre el que su esposa estuviera tan bien preparada en su educación, que, además de administrar bien el hogar, pudiera economizarle siquiera los primeros años de colegio de sus hijos. El kindergarten responde a una necesidad transitoria; no está bien que el niño en la primera edad se desapegue de la madre, salvo cuando ésta, por cualquier motivo, regularmente por pobreza y por ignorancia, no pueda dedicarse a la primera educación de sus hijos. Pero el día en que a la mujer (y al hombre también) se le diera en las escuelas, además de los conocimientos esenciales de Puericultura, algunos de Pedagogía en lo que mira a los primeros pasos en la enseñanza, y al desarrollo y cultivo perpetuo de la educación moral y estética, la obra del maestro en la escuela no sería perdida, sino sostenida y mejorada, por un esfuerzo desinteresado y constante; y la patria y la raza centroamericana no peligrarían.

Las provincias de Alsacia y Lorena, después de cuarenta años de sometimiento a una nación extraña, pudieron surgir en su antigua y prístina condición de francesas, en cuanto se presentaron los ejércitos que las fueron a reconquistar. Todo el mundo presenció con asombro cómo, a pesar de que la escuela, el teatro, la literatura, la ciencia, la vida pública toda, tenían impuesto

el sello de la labor deformadora de la nacionalidad, ésta, en el momento de la reconquista, surgió potente, entusiasta, inmaculada, como surgió el agua fresca y pura de la roca al toque mágico de la vara mosaica. Y es que en los hogares alsacianos y loreneses había un sér callado, paciente, amoroso, lleno de esperanza y de fe, que hacía una obra educacional más poderosa y eficaz que la de los pedagogos, los sabios y los políticos. En esos hogares estaba la mujer, la madre, sosteniendo y avivando el fuego patriótico, con sólo cultivar continuamente, como enseñanza, la religión, el idioma, la historia, la literatura francesas, y como educación moral y estética, dando un ejemplo vivo de honradez y de amor y gratitud al pasado, reflejado en las fiestas y cantos patrióticos, y en el cultivo del arte de los hombres de la tierra de Boileau y Rodin.

*

La escuela moderna centroamericana debe remediar el mal, haciendo que entren en los programas de estudio para las mujeres, todas aquellas enseñanzas que se han dejado como privilegio sólo a los hombres; todas aquellas enseñanzas que significan otros tantos ejercicios que completan, que integran la educación del individuo. Pero comprendamos también que la obra educativa no la realiza únicamente la escuela, sino el ambiente entero y real; la escuela no es más que su fracción y, en cierto modo, su teoría. El ejercicio escolar es una ínfima parte entre los reactivos que determinan en nosotros nuestra manera de ser. El clima, la alimentación, las condiciones topográficas, las costumbres, la religión, el arte, la política, las leyendas, etc., son toda la educación; pero los

elementos que constituyen el ambiente moral, es lo que ha mantenido desde remotísimo tiempo alejada a la mujer, no sólo de las aplicaciones de la actividad intelectual, sino también de la actividad misma. Por eso, pues, he asegurado que la mujer, aparentemente inferior en inteligencia al hombre, es un sér en que falta la costumbre de pensar más que el elemento generador del pensamiento.

No habrá que conformarse con que la mujer estudie todas las materias que se enseñan en la escuela a los hombres, ni con que se le someta a todos los ejercicios escolares que miran a la integración de la educación, antes de la vida real; sino que habrá que dejar que el mundo, ya fuera ella de la escuela, continúe su educación tal como con los hombres, para que no olvide las prácticas conducentes, y para que las aproveche en beneficio propio y de la sociedad.

Nosotros debemos seguir la corriente de la civilización, mejorando las condiciones generales de nuestra mujer. El Poder Público es capaz de ayudar algo a realizar ésto, con sólo efectuar una modificación en planes y programas de educación.

A mi juicio habría que comenzar por llevar inmediatamente a la práctica el ideal coeducativo. Con ello se lograrían dos ventajas: una de orden social, y otra de orden administrativo.

La ventaja de orden social es compleja; más bien se trata de varias ventajas. A nadie se le oculta que con la igualdad de ideales y prácticas educativas, a la mujer se le abre un horizonte de independencia social más amplio que el que actualmente tiene delante; porque el ejercicio por ella de todas las diversas profesiones que

hasta ahora han sido privilegio del hombre, no sólo le proporciona medios para ganarse con comodidad la vida, y así conquistar definitivamente su felicidad, su libertad y la inviolabilidad de su virtud, sino que pone en funcionamiento facultades físicas y espirituales que por efecto de una torpe tradición están en ella a punto de desaparecer completamente; puesto que la mujer, como ya dije, no es inferior al hombre por resultado de una constitución biológica especial en ella, sino por atrofiamiento de poderes sin ejercicio, atrofiamiento que la herencia ha ido afirmando como signo característico del sexo. Ya dije que, extremando el aforismo de los biólogos partidarios de la teoría evolutiva, podría decirse que el sexo no es más que la obra de una dilatada costumbre; originalmente — dicen — éramos visuales, como ciertas flores.

Además, la coeducación acabaría con el tenorismo, ese signo característico de nuestra raza, el cual podría servir a los grafólogos para darnos un nombre preciso y cruel, que escarnezca ese canon del más inteligente y más fuerte, que no es en el fondo más que un acto bárbaro, un perpetuo retorno del hombre a sus primitivas rapiñas. La mujer entonces ya no sería víctima de nuestro clásico amor, del amor audaz, sin firmeza, sin responsabilidad; del amor que la hace blanco de la severidad de la filosofía, del arte y de todas las religiones.

Parece una paradoja lo de que el hombre aprenda a respetar a la mujer viéndola y tratándola continuamente, y no sustrayéndola a sus miradas, a su trato; pero, con poco que nos fijemos con ánimo de encontrar las causas que determinan esa libertad, esa garantía de virtud

de que ya goza la mujer en algunos países avanzados, sobre todo entre los sajones, descubriremos que la convivencia de hombres y mujeres durante la edad escolar y profesional, es la causa principal de ese gran paso en su mejoramiento.

Esto de la coeducación es tanto más de considerar para ensayarlo paulatinamente y en seguida aplicarlo entre nosotros, cuanto que la edad de aquéllos por que se empezaría la experiencia, no sobrepasa a la época de la inocencia en varoncitos y hembritas.

Se comprende que en la segunda enseñanza y en la profesional, la coeducación es un tanto más difícil de realizar de momento; sobre todo por el carácter que la mujer da por ahora a sus estudios superiores, muy distinto al que le dan los hombres: una mujer estudia por afición; un hombre, por necesidad; es decir, la mujer es formalista, cultura; mientras que el hombre es práctico, tecnicista; pero entiéndese que ello es por efecto de la organización social nuestra. Esto que es, pudiera decirse, las razones prácticas, junto con las de estética y las de moral, es lo que en algunos pueblos civilizados constituyen los grandes argumentos contra la coeducación. En cuanto a estética, se dice, por ejemplo, que tan pronto como la mujer se dedicara al ejercicio de ciertas profesiones u oficios que están actualmente reservados a los hombres, ella perdería sus atractivos, su delicadeza, la tersura de su piel, la suavidad de sus manos, etc.; el rostro se le deformaría por las naturales y casi forzadas actitudes físicas del que piensa hondamente, del que lucha con crudeza, etc.

Y a propósito de ésto, permítaseme que como digresión donairosa refiera aquí lo que me dijo há poco un amigo que vivió algunos años en Londres. Con mucha gracia me refería que él asistía allá a todos los mitfins feministas, y que seguía detrás de todas las manifestaciones de las sufragistas, visitando sus clubs, y trabando conocimiento con las mujeres directoras de periódicos, con las conferencistas, etc.; pero que nunca, en ninguna ocasión, se encontró en esos sus andares de curioso, con una cara siquiera medianamente aceptable. «Convéncete, hombre –agregó–, en estas lucubraciones sobre el ideal feminista moderno, las feas aplauden, y las bonitas se rien compasivas y casi triunfalmente, porque ellas saben que la belleza manda, se impone y subyuga aun en las alfabetas» Pero ésto no puede tomarse en consideración como una objeción seria; pues no son sólo las mujeres de rostro desfavorecido las que reclaman sus derechos a la vida, a la justicia y a la felicidad; ni porque vayan ellas a dedicarse a tal o cual profesión u oficio de hoy en adelante, se podrá decir que perderán su belleza, no. Puede cambiar el tipo de feminidad, más la belleza de la mujer no desaparecerá jamás, porque ésta será siempre una mera apreciación. Cambiará, pues, el concepto, la consideración estética con respecto a la mujer; pero no se diga el absurdo de que se acabará la belleza en ella; porque ésta no existe, no está, sino que deviene de la actividad de nuestros espíritus en relación con el ambiente. Habrá belleza mientras haya quien pueda sentirla, apreciarla. Cuando el hombre desaparezca del mundo, aunque el haz de la tierra quedara con-

vertido en un vergel, adornado de plantas y flores, con estatuas, fuentes, estanques, acirates, laberintos, etc., la belleza no devendría ya. Es-
la, repilo, existe por nosotros, no por las co-
sas en que la proyecta nuestro espíritu. La
belleza es algo nuestro, es una dedición de
nuestra sensibilidad; podríamos muy bien decir
que nosotros somos los productores de todos
los encantos de las cosas que nos gustan. Un
salvaje africano daría con agrado un precioso
cuadro o una escultura de mérito, a cambio de
un espejuelo, de un cascabel o de una frusle-
ría por el estilo; más ese salvaje procede muy
bien, porque lo que le gusta en el espejuelo o
en el cascabel, es su propio concepto, su espe-
cial apreciación del agrado. Ese salvaje tiene
su belleza, una belleza africana, una belleza de
brillo prestado como el espejuelo, una belleza
diminuta y bulliciosa como un cascabel, una
belleza primitiva y rudimentaria, como es pri-
mitivo y rudimentario el cerebro de un africano.

*

Y ahora hablemos un poco de las razones
prácticas y de las morales, en lo que atañen al
problema coeducativo. David Starr, pedagogo
norteamericano, aborda el asunto planteando
estas tres cuestiones:

1º Puede la mujer estudiar y practicar la pro-
fesión que quiera?

2º Deben las hembritas someterse a igual
preparación educativa a la de los varoncitos?

3º Puede la mujer recibir su educación al
mismo tiempo y en las mismas aulas que el
hombre?

La primera cuestión es la que entraña la gran
dificultad; pero se trata de una dificultad de re-

sultado más que de preparación; una dificultad social, y no escolar. Porque ya se sabe que la escuela moderna no busca especializaciones, sino niveles de cultura general: los sabios, los genios, los peritos, no se forman en la escuela, sino fuera de ella, y no por obra de los maestros, sino por esfuerzos de ellos mismos; no por el estudio en los libros, que con ellos no se consigue más que enterarse y prepararse, sino por la observación directa de los fenómenos, de las cosas, de los seres, que es la raíz del aprendizaje y, por ende, de la producción, de la constructividad, del avance.

En cuanto a la segunda cuestión, sobre si deben las hembras seguir igual preparación educativa a la de los varoncitos, no hay que vacilar en responder a ella afirmativamente. En el kindergarten, y en la escuela primaria elemental, en donde, para empezar, yo aconsejo la coeducación, como un medio de ir preparando al público en el convencimiento de que así se sirve mejor a la mujer y se realiza también de manera más adecuada la educación general, no solamente las niñas deben aprender lo que aprenden los niños, sino que éstos también lo que aprenden aquéllas. Las unas deben entrar de lleno en los ejercicios intelectuales y físicos; y los otros deben desarrollar sus facultades estéticas con las labores de mano, el canto, la música, el baile, y ungir sus espíritus con el óleo de alguna aspiración moral.

Y luego está el tercer punto, el de la objeción pedagógico-moral, el que muchos pedagogos y muchos moralistas no quieren aceptar. Empecemos por recordar aquí lo que al respecto dice William James: "Dejemos a un lado esto de

la coeducación, en cuyo beneficio nosotros creemos firmemente”, y consideremos detenidamente el punto: yo acepto y aconsejo, para empezar, la escuela mixta hasta el último año de la elemental y superior; es decir, cuando la edad de los educandos está comprendida entre los 13 y los 14 años; y creo, además, que la división, no de sexos, sino de vocaciones, tendencias, capacidades y aptitudes, debe efectuarse en los centros de enseñanza post-escolar, de los 14 a los 18; pero en uno y otro caso, afirmo que la coeducación no debe realizarse nunca en internados.

Cuando la escuela es mixta, se establece entre niños y niñas un estímulo mutuo, muy provechoso para los fines educativos. Allí cada niño ayuda a su maestro en la obra que éste realiza cerca de la niña, y ésta se hace también colaboradora de su maestro en la preparación educacional de su compañerito. A este respecto, bien podíamos hacer una cita, la de un párrafo de Laisant, de su obra “La Educación Fundada en la Ciencia”. “En la educación de las mujeres, — dice — regulada por la mujeres solas, hay tendencia hacia el estudio de la belleza y del orden; la literatura pasa delante de la ciencia; la expresión tiene más valor que la acción. La mujer educada en estas condiciones puede saber mucho, mas no puede hacer nada, y a menudo sus ideas sobre la vida deben sufrir modificaciones penosas para adaptarse a la realidad de las cosas. En las escuelas para muchachos solamente, suele ocurrir lo contrario; el sentido de la realidad obscurece los elementos de belleza. Es así mismo una gran ventaja para ambos sexos la igualdad de educación. Las mujeres son pues-

tas en contacto con hombres que saben obrar, con hombres en los cuales el sentido de la realidad está desarrollado; encuéntranse apartadas del sentimentalismo, y ese contacto protege la acción gobernada por el ideal, permitiéndoles mejor darse cuenta de lo que es posible y lo que es imposible. De igual manera, la educación con jóvenes sanas, doctas y de buena sociedad, da valor a los jóvenes, realzando su ideal de la feminidad".

Con la coeducación se ganaría mucho en eficiencia en algunas fases de la labor escolar. Los jóvenes entonces se vuelven más respetuosos, más circunspectos; ganan en apariencia y en fondo; y en cuanto a las mujeres, adquieren una seguridad más constante en sus actos, proceden con menos atolondramiento, porque, por estar acostumbradas a ver de cerca a muchos hombres, ya no dividen su atención entre la propiedad de su obra y el temor de ser sorprendidas por el ojo del desconocido, de ese ser ante quien todas las mujeres jóvenes tiemblan, como el pajarillo ante el halcón, como el alma hierática ante el hueco oscuro, profundo de la muerte.... En el colegio de señoritas enclaustradas, en el cual un día, repentinamente, se apareciese un joven, sucedería algo desconcertador, que las haría a todas temblar, correr, esconderse; pero esto indudablemente por el carácter de excepción que el hecho tendría. Mas cuando después de un joven se fueran presentando otros y otros más, por grupos, todos los días, todo el año, la cosa ya no sería lo mismo; las niñas enclaustradas se *acostumbrarían*. Y he ahí el paso capital en la coeducación: el que los padres, y las niñas, y los niños, y todos, se *acostumbren*.

Otra ventaja de orden social, es la que resultaría de la organización que habría que darle al personal de educación pública cuando las escuelas fueran mixtas. Entonces habría que nombrar personal femenino que dirigiera la obra administrativa, didáctica y educacional de las escuelas elementales y rurales; es decir, aquéllas en que no hay más allá del cuarto grado. Con esa disposición se ganaría muchísimo, pues, como se ha demostrado en los Estados Unidos, en Uruguay, en Argentina y Chile, la mujer es el mejor maestro de los niños pequeños, por toda suerte de consideraciones. Ella es más amorosa con sus tiernos discípulos, quizás porque en cada uno de ellos ve un fruto que pudo ser suyo, quizás porque cada uno de ellos evoca la dedición de sus entrañas, o por cierta e inmanifiesta especie de solidaridad que toda mujer sin hijos experimenta para con las madres, ya que ella también puede llegar a serlo. Los niños, a su vez, se someten más fácilmente, y más convencidamente, a la autoridad del ser que les habla, que los manda, que los corrige, que los mimas, que los elogia, con el mismo secreto encanto que estimula en ellos la acción de sus instintos infantiles de seguridad y de indagación. La mujer se dedica más de lleno a su difícil labor; porque es por naturaleza (hé aquí verdaderas y apreciables diferencias entre un sexo y otro) más sobria, más sencilla en sus costumbres; no ingiere licor, no juega su capital ni su salario, no fuma, no trasnocha, no desmenuza su energía en las aventuras de la voluptuosidad prodigada, de la política caudillista, de la rivalidad, de la ambición inmoderada. Ella, al encontrar un campo seguro que para su felicidad

le abre esta nueva profesión que desempeñará siempre, mientras se conduzca bien, se acomodará mejor al desempeño de su misión, con más estabilidad, con más anhelo de arraigarse, realizando así algo muy provechoso para sí misma y para el Estado; pues un hombre entre nosotros no se aquietta sino cuando envejece; es decir, cuando ya es inútil en el magisterio. El no ahorra, y la mujer sí; no ya porque las exigencias de ésta son mucho menores que las de aquél, sino porque ella, por ese mismo divino instinto de la maternidad, desde que entra en la pubertad, tiende a recoger las cosas útiles o bonitas que encuentra, a guardar, como el ave, grano y paja para el alimento y el nido del ser que ha de venir a darle una entonación a sus arrullos, una cristalización al afán mimoso que se le insinúa en sus manos y en sus labios.

Con esta profesión del magisterio, que abriría un amplio horizonte económico para la mujer, pues con el establecimiento de la coeducación habrá disminuido el número de escuelas y se pagará mejor a los maestros de las que quedaren, las mixtas,—se lograría dar a la mujer centroamericana una semilla de independencia que ella hará germinar, para que entre todas las diversas conquistas que con ésta alcanzara, pudiera también conseguir el máximo triunfo, base de su dicha: cesar de dar su persona al amo que la solicita, al único que llega, para regalar en cambio su corazón al compañero que elija su amor, al que ella busque libremente.

La otra ventaja, la administrativa, es de más bulto. Por de pronto se haría una gran mejora en los presupuestos de Educación Pública, logrando economía el Estado y pagando

mejor éste a los maestros; puesto que la totalidad de las escuelas de uno y otro sexo existentes en Centroamérica, podría reducirse a la mitad al hacerlas mixtas, y la cantidad que se destinaba al sostenimiento de las suprimidas, se dividiría en dos partes, la una con el fin de aumentar en un cincuenta por ciento el sueldo de los maestros que quedaren al frente de las nuevas escuelas, las mixtas; y la otra, para obras técnicas, como construcción de edificios, aumento de las inspecciones escolares, compra de material, fomento de obras benéficas para los niños, tales como roperos o comedores en la escuela, etc. Por sólo el hecho de pagar mejor a los maestros, sin sacrificios económicos por parte del Estado, ya sería de tomar en cuenta la iniciativa que envuelve mi trabajo de hoy, puesto que es una verdad demostrada y, como tal, aceptada ya por todos, el que muy poco podrán las reformas educacionales que no comience por remunerar bien al maestro, verdadera piedra angular del edificio educacional, y, por lo consiguiente, del progreso y de la felicidad de la patria.

Para terminar, diré que sería una provechosa disciplina para los padres de familia, el considerar el problema de la educación de sus hijas, bajo otro aspecto; o más bien dicho, ver un poquito más allá de aquello de *gustar, cuidar y servir al marido*; y que el Estado ayude a realizar esa sugestión; y que todo hombre se penetre de esta verdad: que el sér que lleva en sí el germen de la única y verdadera inmortalidad, un hijo, no es inferior a nosotros, sino igual, y que tiene derecho a nuestra fraternidad, y no a nuestra conmiseración.

NOTA:

Esta conferencia se dictó en la Escuela Normal de Institutoras, bajo los auspicios de su Directora de entonces, la eminente educacionista Centroamericana señorita

Zoraida Matus.